

Introducción

Dostoyevski es un escritor inabarcable. Por este motivo no pretendo poder mostrar en breves páginas su cosmovisión cristiana del mundo. Ya hay muchos grandes autores que han iniciado esa labor (al final del libro he señalado los que me parecen imprescindibles). Tampoco busco suplir la lectura directa de sus obras, pues justo ese es el fin último de estas páginas: animar a hacerlo a todo aquel que pueda tener miedo a sus escritos por la dificultad que sin duda entrañan su estilo o su extensión. Vale la pena, y –añadiría– en nuestra época más que nunca. Ahora que cumplimos doscientos años de su nacimiento es un buen momento para lanzarse a ese reto intelectual y comprobar que, aunque viviera en circunstancias muy ajenas a las nuestras, fue un autor que comprendió como nadie el alma humana universal. Y eso le hace ser un escritor esencial para comprender el misterio de Dios, del hombre y del mundo.

Tal vez no sea, desde luego, el mejor maestro de disciplina y de camino de vida espiritual, pero sí quien mejor nos ha enseñado «*a descubrir la luz en la oscuridad, a descubrir la imagen y semejanza de Dios en el hombre más caído; nos enseña el amor al hombre respetando su libertad*» (Berdaiev). Su oscuridad (¡y hay mucha oscuridad

en sus obras!) está llena de luz. ¿No es eso un motivo suficiente para leerlo, como una vacuna ante el drama del humanismo no ya ateo (como nos descubrió H. de Lubac) sino –aún peor– indiferente que nos rodea hoy día? ¿Porque ojalá fuera auténticamente ateo! Pero no, lo que reina en nuestra época es más bien la utopía del hombre no ya en contra sino al margen de Dios, mientras que para Dostoyevski sólo Dios da el horizonte de sentido de todo lo verdaderamente humano. Esto hace de él no sólo un gran escritor, sino un gran pensador metafísico, que nos dejará grabado a fuego que «*no se puede vivir sin resolver la cuestión sobre Dios y el diablo, sobre la inmortalidad, sobre la libertad, sobre el mal, sobre el destino del hombre y la humanidad*» (Berdaiev). Sin Dios, no podemos vivir, sino sólo sobrevivir.

En la obra de Dostoyevski todo gira en torno al misterio del hombre en su relación con Dios. Y son esos tres elementos –Dios, la naturaleza humana y el modo humano de obrar en su relación con Dios, y los demás– en los que vamos a profundizar, todos ellos sintetizados en ese término, *misterio*, que es el único desde donde se puede y debe comprender el Cristianismo. Para él lo esencial en la vida (Dios y el hombre, el pecado y el mal, la conciencia y la libertad...) no son problemas, sino misterios, que convierten cada vida en un devenir de acontecimientos significativos. Por eso sólo desde el concepto de misterio, que incluye y necesita la gracia y lo sobrenatural, pueden ser comprendidos en primer lugar esos mismos misterios con su aparente oscuridad, para luego, ya *desde* esos mismos misterios, llenar de luz todos los demás enigmas que envuelven la vida humana.

El primer apartado estará dedicado a hablar del ropaje adecuado que envuelve esos misterios. Lo que vengo a defender es que el estilo de Dostoyevski puede calificarse de *litúrgico*. Y ello supone fundamentalmente tres cosas. En primer lugar que la vida tiene forma narrativa, es Historia de la Salvación en la historia de cada

uno; un acontecimiento dinámico y trascendente. Como dice de nuevo Berdaiev: «*En Dostoyevski hay algo del espíritu de Heráclito. En él todo es fogoso y dinámico, todo está en movimiento, contradicción y lucha. Las ideas no son categorías petrificadas y estáticas, son corrientes de fuego*». En segundo lugar, forma litúrgica significa que el sujeto que actúa, el verdadero protagonista, ya no será más un ser individual –individualista–, sino el pueblo en el que cada sujeto se inserta y con el que participamos constantemente. No somos seres desarraigados sino seres dependientes, que formamos parte de un todo común. Finalmente, Liturgia supone belleza, esa belleza que salva el mundo y que hace que el mundo sea el rostro adecuado de Dios y de lo que Dios ha creado, desde el mundo material hasta su cúspide que no es otra que el ser humano. El primer motivo, por tanto, por el que vale la pena leer a Dostoyevski sería comprender que el mundo tiene estructura y forma sacramental.

El apartado segundo lo dedicaremos precisamente al misterio del hombre en su relación primero con Dios y luego, específicamente, con Cristo. Dostoyevski subraya aquí la naturaleza paradójica que todo ser humano tiene de por sí. La paradoja tal vez sea, en efecto, el gran descubrimiento del pensamiento cristiano frente a la elevada sabiduría griega (Moeller). Ahora bien, que por esencia la persona humana sea paradójica no supone que sea incomprendible. Recordemos lo que el término misterio nos enseña: antes que para ser comprendido, el misterio nos comprende a nosotros. El misterio de Dios Trino nos hace comprender el misterio de Cristo; y el de Cristo, a su vez, el misterio propio de cada persona. Se trata en cierta manera de recorrer *a sensu contrario* el recorrido que ya propuso san Pablo: «*todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios*». Vale la pena profundizar en la imagen de Dios que nos muestra Dostoyevski, centrada en la figura de Cristo, quien fue siempre su gran amor y su primera y apasionada búsqueda. Y ello sin dejar de hablarnos mucho del Padre, sirvién-

dose sobre todo de la figura del padre ausente o poco paternal (su propia biografía, en esto como en tantas otras cosas, fue determinante), y sin olvidar el papel del Espíritu que nos hace valorar hasta qué punto es cierto que más que en antropología, Dostoyevski –como buen ortodoxo– es experto en pneumatología (lo espiritual que habita en el hombre). Al profundizar en la imagen divina de cada persona, y a pesar de tanta miseria y sufrimiento, vemos cómo en sus novelas triunfa siempre la virtud teologal de la esperanza. El ser humano que vive en sus páginas es el hombre que ya ha sido redimido por Cristo, la criatura elevada por el Amor y capaz por ello de obras extraordinarias. Leer a Dostoyevski nos enseñará muchísimo sobre el misterio del hombre desde el misterio de Dios, y lo que supone este modo de comprendernos. Fundamentalmente recuperar la auténtica esperanza.

Por último, a la naturaleza propia del ser humano corresponde un modo de obrar concreto y adecuado que va mucho más allá de lo que pudo proponer la Modernidad (racionalismo o romanticismo), y de lo que pueda proponer un tiempo como el nuestro, que sigue sospechando del ser humano. Es aquí donde me parece que Dostoyevski más puede enseñar al mundo de hoy, tanto por la profundidad de su mensaje como por el modo y el orden de recorrer ese camino, y que tiene sintéticamente tres pasos: dolor, conciencia, libertad. Dolor, pues desde el principio de su obra decide profundizar en el «hombre del subsuelo» con todas sus consecuencias. Él no se quedará en manifestaciones externas o descripciones psicológicas en torno al sufrimiento, sino que deseará –y logrará– habitar el dolor encarnado. Es el retrato del ser humano como retablo de dolores el que le servirá para dar relieve a lo que de otra manera no podría descubrirse: el abismo del pecado y el de la misericordia; la vida vivida como pasión, en su mayor intensidad y realismo. Para poder vivir así es indispensable una conciencia pulida y sencilla, una conciencia que sea de verdad

«sagrario del alma»; lo más razonable que poseemos. Es entonces cuando la libertad –el gran tema central de sus obras– aparece con todas sus consecuencias, con su riesgo y su grandeza. Quien lea a Dostoyevski comprenderá en qué consiste ser verdaderamente libres. Por eso hemos querido añadir un último capítulo sobre uno de sus textos más famosos e imprescindibles, *La Leyenda del Gran Inquisidor*, texto antológico y verdadero tratado sobre la libertad humana. También en este caso no con el fin de describirlo o analizarlo, sino sencillamente de señalar aspectos y descubrir motivos que animen a su lectura.